

Luca Costantini

AL OLOR DEL DINERO

La verdadera historia de Podemos

la esfera  de los libros

Índice

<i>Agradecimientos</i>	9
------------------------------	---

PRIMERA PARTE

1. VEN, SÉ DISCRETO	13
2. MADRID ERA UNA FIESTA	35
3. <i>BUSINESS IS BUSINESS</i>	58
4. DESDE TÁNGER CON AMOR	80
5. EL COMISIONISTA	101

SEGUNDA PARTE

6. ÍÑIGO, ASÍ NO	127
7. LA CORTE DE GALAPAGAR	157
8. SEGUNDA TEMPORADA: EL GOBIERNO	193
9. ES EL <i>BIG DATA</i> , ESTÚPIDO	213
10. AMBULANCIAS POR LAS CALLES	236
11. EL LOCO	263

<i>Epílogo. Vuelta a la guerra</i>	291
--	-----

PRIMERA PARTE

VEN, SÉ DISCRETO

El día había empezado con algo de sol, aunque iba nublandose cuando una llamada sorprendió a Pablo Iglesias. Habían pasado pocas horas desde la noche electoral del 10 de noviembre de 2019, en la que Podemos, el partido que había nacido para dar voz a los indignados y hacer temblar al poder económico, había perdido la mitad de sus diputados. Era la segunda caída electoral en siete meses, y la resaca del batacazo todavía generaba jaquecas. Los rostros de los protagonistas, los que quedaban de aquella vertiginosa experiencia, hablaban por ellos mismos. Rápidamente todo cambió. «¿Puedes venir esta tarde a La Moncloa? Sé discreto, por favor».

La invitación llegaba del presidente en funciones Pedro Sánchez, a quien Iglesias había enviado dos mensajes la noche anterior, sin obtener respuesta. En uno, le preguntaba sobre lo que estaba ocurriendo en Bolivia. La crisis política obligaba a Evo Morales a una dimisión repentina, y el círculo de Podemos miraba con preocupación las investigaciones sobre el presunto flujo de dinero que podía afectar a la formación morada. En el otro, le felicitaba por

la victoria, pero le recordaba lo que le iba comentando desde el verano: que la única solución política para ambos era una coalición, y que de firmarse un acuerdo garantizaba lealtad. El líder y candidato de Podemos no sabía el porqué del encuentro. Pudo imaginar algo, pero mantenía en frío las emociones. No dijo nada a nadie, solo pidió ser acompañado por su chófer.

Iglesias llegó a la sede del complejo de La Moncloa, que se ubica cerca de la avenida Puerta de Hierro, a pocos metros de las facultades de Estadística e Informática de la Complutense, ya casi en las afueras de la capital. El coche cruzó las verjas de hierro sobre las cinco de la tarde. Se adentró en el complejo, penetrando en las estructuras de ladrillo anaranjado y blanco. Primero el edificio de Semillas, por la derecha, donde trabajan los asesores, técnicos y expertos del Gabinete presidencial. Más adelante el búnker, por la izquierda, con sus salas soterradas y un sabor a *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. Después, los jardines, el pequeño bosque y, finalmente, el Palacio de la Moncloa.

Hasta aquella llamada, las relaciones entre Iglesias y Sánchez habían sido más bien frías. Dominaba una profunda desconfianza mutua. Los contactos solían pasar por los móviles y las charlas de los gurús de los dos políticos, Iván Redondo, para el socialista, y el argentino Pablo Gentili, para Iglesias. También esa vez los jefes de Gabinete tuvieron que ponerse en marcha para garantizar y preparar el protocolo de seguridad, pero Sánchez había querido que su interlocutor supiera de manera directa que algo iba a pasar esa tarde de noviembre.

La noche anterior, cuando la mayoría de los colegios electorales ya estaban cerrados, la cúpula del partido había salido para responder a las preguntas de la prensa. Sus rostros eran atribulados y fatigados. El espacio reflejaba precariedad. Había sido alquilado de prisa y corriendo a pocos metros de la plaza de toros madrileña, en Las Ventas. Quedaban lejos los grandes escenarios de la primera etapa. Podemos pasaba de 70 diputados en 2015 a 35 en 2019. Era el resultado de años de peleas, purgas, noviazgos y traiciones.

La incertidumbre sobre el futuro era máxima, aunque Iglesias estaba a punto de recibir otro golpe de suerte. Ignoraba que en la corte del presidente Sánchez había estallado un terremoto. El estratega de cabecera, el vasco Iván Redondo, que hasta aquel momento había sido un firme defensor del pacto con Ciudadanos, había cambiado de idea. José Luis Ábalos, hombre fuerte del PSOE en Ferraz, avisaba desde el verano que repetir los comicios era arriesgado: «Se convertirá en un referéndum sobre nosotros», decía. Pero Redondo insistía en que podían darse sorpresas. Cuando en noviembre el PSOE, en lugar de vivir una jornada de gloria y celebrar su paseo triunfal, perdió un escaño con respecto a las elecciones de abril, Redondo entendió que los pesos pesados socialistas planeaban su ejecución. Así que propuso a Sánchez firmar una coalición con Iglesias, y hacerlo sin miramientos. Argumentó que el entorno del líder de Podemos, con el que estaba en contacto, quería reeditar la oferta del verano, sin más retoques. Lanzó el dado, y acertó.

El primer encuentro para dar vida al gobierno de coalición dura unas dos horas. Al salir, Iglesias informa solo a las

personas de su máxima confianza. A la primera que llama es a Irene Montero. «Tienes que organizar los papeles, Sánchez me habla de una coalición y que voy a ser vicepresidente», le desvela ante la sorpresa de la número dos del partido. En el salón todavía por amueblar de su residencia de Galapagar se hallan unos sofás, estanterías y pocos muebles (la parte más acabada es la de las habitaciones y la biblioteca con los libros del líder máximo). Solo el corazón palpitante de Podemos tiene acceso al chalet de los Iglesias-Montero. Se trata de un puñado de dirigentes: Pablo Echenique, Del Olmo, Enrique Santiago, todos decididos a forzar al PSOE a un pacto de gobierno que les permita entrar en la sala de mando. Únicamente desde el poder se puede salvaguardar lo que queda de un partido dividido y exasperado, razonan.



El argumento de la reunión entre Sánchez e Iglesias ha quedado, por lo demás, claro. Toca redactar un papel para crear el primer gobierno de coalición de izquierdas de España. Sobre la mesa se encuentra la primera propuesta de julio. Para Iglesias no hay inconvenientes. Después de su caída electoral, puede parecer como un acto de generosidad de Sánchez al que Iglesias se compromete respondiendo con un trabajo activo para buscar los apoyos de los nacionalistas para la investidura. Sin los votos de los vascos y catalanes, el nuevo gobierno nunca empezaría a rodar, y tanto Sánchez como Iglesias saben que en política hay que aprovechar el momento, sin esperar el futuro.

Los antiguos romanos lo llamaban *carpe diem*, mientras que los griegos hablaban del *kairós*, el momento propicio que determina la grandeza de un hombre si es capaz de reconocerlo y actuar en consecuencia. Iglesias se siente un intérprete de esa filosofía aplicada a la política. Desde los comienzos ha concebido su papel de corredor. Tanto en la pugna directa contra Izquierda Unida como ante los compañeros que no habían entendido la fuerza de la televisión y de Internet en la escalada hacia el poder. El propio Iglesias se lo explicaría al periodista Enric Juliana en su libro-entrevista años después: «Podemos no surge de la sociedad civil, sino de la televisión. Somos un producto que asume la idea del *popolo della televisione* [sic] y que en última instancia no se politiza a través de instrumentos que conoce debido a su presencia en la sociedad civil, sino de instrumentos que es capaz de observar en la televisión. En el momento en que esta circunstancia ofrece la posibilidad de construir un instrumento electoral, se desarrolla una voluntad de construirse desde abajo».

En noviembre de 2019, Iglesias entiende que no queda otra cosa que negociar con Sánchez la entrada en el gobierno. Al igual que en 2014, cuando él y sus aliados más fiables sentían el viento de popa y veían cómo las velas del barco se desplegaban empujadas por la protesta del 15-M, y la rabia de una España que quería entrar en una nueva época, sabe que es una cita con la historia. De aquellas que convierten a un político en protagonista de su tiempo. Saborea el capítulo que los historiadores le dedicarán, y de ese esquema nunca se descolgará. Así que de-

cide no poner precio a un pacto que, por otro lado, sí lo tiene: aliarse con el PSOE en posición de subalternidad significa traicionar a su electorado y reducir la esperanza de vida del partido morado.

Algunos compañeros, como los andaluces, le avisan. Pero el líder lleva meses, tal vez años, escuchando solo a su instinto. El proyecto político de Podemos está secuestrado por los intereses del líder y de un puñado de dirigentes que le rodean. Su principal habilidad, la de ser un excelente comunicador, le ha llevado de un programa de televisión de barrio hasta la antesala de una vicepresidencia en el gobierno nacional. Siempre ha navegado contracorriente. Y en todas esas etapas ha relucido como una supernova. Poco importa que esa estrella, tan brillante, tenga una vida muy corta e intensa. La juventud vive de su explosividad, de eso él siempre ha sido consciente. La exaltación del ímpetu juvenil ha formado parte de los procesos revolucionarios, tanto de izquierdas como de derechas. Fascismo, nazismo y comunismo defendieron como esencial la educación de la juventud y su politización en la construcción totalitaria de su poder. Sus autores de referencia exaltaban ese espíritu. Iglesias también.

Lorenzo de Medici, el príncipe toscano que inspiró el famoso tratado de Maquiavelo, amaba el poder y la cultura. Durante su reinado, ya entrado el año 1490, compuso un pequeño poema que vinculaba la fugacidad de la juventud al día de mañana: *Quant'è bella giovinezza, che si fugge tuttavia! Chi vuol esser lieto, sia: del doman non v'è certezza*. Era una oda dedicada al dios del vino griego, Baco, en cuyas

fiestas, las bacanales, las vírgenes de la antigua Grecia se entregaban a él. Esos ritos habían despertado la atención de poetas como el francés Marqués de Sade, que Iglesias había apreciado (en su primer libro *Maquiavelo frente a la gran pantalla* se valía de él para «contar la verdad sobre el origen del poder y cómo conservarlo») y hasta interpretado en obras teatrales durante su etapa en la Complutense. Antes de político, tertuliano e indignado, Iglesias había sido actor. Un detalle no menor para entender su carrera de líder de masas. Otros muchos políticos habían intentado, como él, dedicarse a las bellas artes antes que a los juegos de poder, con suerte muy dispar. En los ambientes más íntimos del líder de Podemos es conocido su desnudo integral en una bañera durante una obra de la compañía de teatro de la universidad. De esa *performance* un miembro del grupo atesora en gran secreto un vídeo casero.

Cuando Iglesias llega a La Moncloa para pactar el gobierno, el socialista llevaba diecisiete meses durmiendo en el palacio presidencial. Se había instalado el 2 de junio de 2018, tras la moción de censura a Mariano Rajoy. Ese día, acompañado por Juanma Serrano, su anterior jefe de Gabinete, había prometido en La Zarzuela el cumplimiento de sus obligaciones ante un derrotado Rajoy y otros dirigentes del PP que lucían una mirada perdida. Por primera vez en la historia democrática, el aspirante a la presidencia había rechazado jurar o prometer sobre la Biblia y el crucifijo, como quería la Corona, para hacerlo únicamente ante la Constitución. Sánchez, que se define como ateo, había prometido con su mano derecha sobre el ejemplar

de la Constitución de 1978, mientras que Rajoy se había limitado a decirle «buena suerte».

Casi dos años después, en noviembre de 2019, la cita vespertina entre Sánchez e Iglesias sirve para esbozar las líneas generales del acuerdo. Poca cosa, pero suficiente para que, al día siguiente, el secretario general de Podemos relate el acontecimiento a su cúpula. En la campaña electoral había afirmado que de Sánchez «no se podía fiar». Iglesias no tiene ningún aprecio al socialista. Pero quiere hacer de la necesidad virtud. «Se ha dado cuenta de su error y me ha pedido perdón», desvela a los suyos. La tónica del encuentro es, según Iglesias, una sustancial toma de conciencia, por parte de Sánchez, de su equivocación. Mientras explica a la Ejecutiva lo ocurrido, algunos dirigentes se lanzan miradas interrogantes. El relato es detallado y creíble, aunque nadie saca el champán de la nevera. Persiste la circunspección. Podemos, o el núcleo que queda de él, se juega su supervivencia y nadie olvida el terrible verano pasado. «Vaya cabrón, con lo que nos ha hecho sufrir», comenta una persona presente en la reunión para referirse a Sánchez.

Antes de la repetición electoral, en efecto, algunos asesores de La Moncloa habían revelado a dirigentes de Podemos que tampoco el PSOE tenía buenas encuestas. Las previsiones eran negras y solo un dirigente, Txema Guijarro, había intentado infundir optimismo. Iglesias había buscado convencer a Sánchez de que volver a votar en otoño era un error, pero el socialista había hecho oídos sordos a sus advertencias. Tan solo se había avenido a hablar de

coalición y cargos a menos de cuarenta y ocho horas de la primera votación. Pero entonces había sido Iglesias quien, por razones internas, y ante ciertos celos incluso hacia Irene Montero, paró la negociación. Sobre este punto volveremos más adelante.

Las reuniones, en general, habían resultado desesperantes. Cuando se citaba con Sánchez, el líder de Podemos tenía la sensación de enfrentarse a un muro humano con rostro de póker. Iba con su abanico de ofertas bien estudiadas: desde el cambio de escenario político hasta la promesa de fidelidad. Pero el socialista se negaba a una y otra cosa. Agradecía los esfuerzos y se mantenía firme. Para explicar su negativa llegaba incluso a emplear la cuestión catalana: «Pablo, ¿pero cómo resolvemos lo de Cataluña? Vosotros tenéis a Jaume Asens, que es un independentista», le espetaba, mencionando a su vicario en Cataluña, cercano al mundo separatista y hasta consejero de Carles Puigdemont durante su huida a Bruselas. «Vamos, Pedro, que no estamos en un plató de La Sexta», le contestaba, un Iglesias desesperado, que añadía: «Sé sincero: no quieres, y punto».

Iglesias, en contacto directo con Ábalos, empezó a culpar al asesor áulico de Sánchez, el vasco Iván Redondo del *impasse*. El consultor político había entrado en la corte de Sánchez casi por la puerta de atrás. Los dos se habían encontrado en el difícil sendero de los desechados: el primero, por el PP de Rajoy, que había ordenado prescindir de sus servicios, y el segundo, por su propio partido, hasta recuperar el poder tras ganar las primarias contra Susana Díaz. Al entrar en el PSOE, Redondo se había instalado

en la cuarta planta de la sede socialista de la calle Ferraz. A su lado se sentaba Ábalos, mientras que en la planta inferior tenía su cuartel la dirigente asturiana Adriana Lastra. Los dos socialistas formaban parte del núcleo duro de Sánchez. Habían apostado por un caballo que todos daban por perdedor, y habían ganado aportando su granito de arena en esa victoria tan inesperada como trágica. Poco después Redondo asiste a las primeras escaramuzas en el seno del sanchismo. De un lado, Ábalos; del otro, Lastra. Los dos interesados en convertirse en el lugarteniente de Sánchez. El consultor vasco no se lo piensa dos veces. Luchará en el frente del político valenciano. Con él ganará el primer conflicto interno y preparará el terreno para convertirse en el asesor áulico de Sánchez tras su llegada a La Moncloa.

En realidad, Iglesias había conocido a Redondo mucho tiempo antes. Fue durante unos encuentros confidenciales en Madrid que se celebraron cuando él era el político de moda. Un auténtico fenómeno mediático que, empujado por la crisis, había entrado de lleno en la fractura entre viejas y nuevas generaciones. Su éxito dependía de un planteamiento muy sencillo: alimentar la polarización, que siempre le favorecía. En aquellas reuniones Iglesias iba acompañado por Juanma del Olmo, el artífice de la campaña del tramabús y que aspiraba a convertirse en algo parecido a un rastreador de los humores de las masas, que, obviamente, deseaba dirigir. Redondo les hablaba de la comunicación como motor del universo político. Emociones, rabia, compasión, miedo. En una palabra: relato. Siempre

por encima de la razón, porque las emociones son manipulables, y el conocimiento, no. «Primero me emociono, y luego pienso», decía, y añadía: «Sospecho de quienes no creen en la comunicación política». A la salida de los encuentros Iglesias y Del Olmo comentaban: «Este tío sabe de lo que habla». Se mostraban fascinados por el argumentario y la exposición del estratega político.

El consultor vasco, clase 1981, era casi coetáneo de Iglesias. Un friki de los números y la información política. Preciso como un reloj suizo. Cada mañana, tarde y noche pensando en táctica y comunicación. Había liderado algunas campañas exitosas para dirigentes del PP como Antonio Basagoiti, Xavier García Albiol o José Antonio Monago. Pero el PP de Mariano Rajoy le había dejado tirado. Su obsesión era el tiempo: quien lo domina gana, decía. Y lo mismo pensaba Iglesias. Cuando Redondo se citaba con Iglesias, estaba buscando trabajo. En Madrid eran conocidos sus movimientos para encontrar una salida. Iba reuniéndose con profesionales de diversa índole. Incluso con directores de periódicos, a los que, sin suerte, ofrecía sus estudios y análisis. Iglesias se interesó por él, aunque no solía fichar a gente ajena a los círculos establecidos. Los esqueletos en el armario de la izquierda alternativa son demasiado grandes como para que un foráneo husmee en ellos.

El temor al topo era y es una verdadera obsesión para el líder morado. Existían, además, algunas diferencias personales que manchaban el pedigrí de ese consultor encorbatado. Redondo provenía de centros de estudios privados como el Departamento de Comunicación de la Universi-

dad de Deusto, institución regida por la Compañía de Jesús. Iglesias, en cambio, se había formado en la Complutense, campus público de Somosaguas. Era aquello el fortín de la izquierda radical, un reducto ubicado en una de las zonas más adineradas de Madrid, en cuyas paredes dominaban los colores rojo y negro, y los catedráticos tenían en sus despachos carteles de apoyo a Hugo Chávez o Fidel Castro.

Iglesias, por lo demás, nunca ha creído en los consultores políticos. La política debe ser el terreno de caza de los políticos, sostiene. Y, sobre todo, no quiere que nadie le haga sombra. En el caso de Redondo, intuía que su afán de protagonismo le llevaría, tal y como ocurrió más adelante con Sánchez, a compatibilizar el papel de estratega con el de fontanero del presidente, en constante contacto con los periodistas. Aun así, Iglesias se quedó fascinado por aquella figura. Con él compartía una pasión por las series de televisión. O por lo menos eso pensó el secretario general de Podemos, porque el consultor vasco, muy hábil en el arte de la convicción, le seguía la corriente en todo momento. Sabía que Iglesias tiene una lectura «freudiana» de la política: le interesa conocer las historias de infancia de sus interlocutores, porque cree que en ella se halla el secreto de su personalidad. Así que también tiraba de historias y anécdotas personales. A diferencia de Iglesias, que es hijo único, Redondo es el cuarto hermano de una familia numerosa. Pero, como él, había tenido una niñez bastante solitaria, hecha de libros y televisión. Iglesias recordará en algunas conversaciones con amigos cómo su madre y su abuela eran quienes le cuidaban, y cómo con ellas se embebía de las

intrigas criminales de Jessica Fletcher en *Se ha escrito un crimen*, sin duda la primera serie de referencia del líder morado. Esa señora pedante que resolvía todas las intrigas sin perder la compostura le había fascinado siempre.

Ni Iglesias ni Redondo, por otro lado, habían sido campeones del deporte, aunque habían entendido la fuerza de la palabra. Sus mundos eran diferentes, pero su forma de pensar, parecida. La ideología, entendida como un conjunto de ideas que determinan la conducta humana, tenía poca o nula importancia para ellos. En lo teórico, de hecho, Iglesias es un político más bien débil, aunque presume de leído. Nunca ha escondido su pasión por la lectura, pero en la fase de la lucha política, el pragmatismo, la rapidez, la comunicación e incluso la discreción son para ambos las claves del éxito. Y ganar, lo único que importa.

Esa afinidad sirvió para que antes de las elecciones de noviembre de 2019, cuando Redondo ya desempeñaba sus tareas de asesor de Sánchez, Iglesias siguiera manteniendo una comunicación directa y muy confidencial con él. Había llegado incluso a confiarle sus miedos. Por ejemplo, cuando en enero de 2019 Errejón se lanzó a la yugular de Podemos creando un partido alternativo de la mano de Manuela Carmena. Iglesias preguntó a Redondo qué le parecían los acontecimientos. Redondo le tranquilizó. Le dijo que Errejón no tenía pensado formar un partido nacional, puesto que su aspiración era la alcaldía de Madrid de ahí a unos años. La previsión era equivocada, e Iglesias siempre dudó si fue un error o una mentira, pero nunca perdió el respeto hacia el asesor. Del Olmo no paraba de repetirle:

«Pablo, Iván es diferente. No es uno del PSOE, es uno de los nuestros».



En el momento de su entrada en el complejo de La Moncloa, Iglesias todavía guarda el peón blanco que Redondo le ha regalado tres años antes, durante la entrevista en *La tuerka*. Entonces, el asesor vasco le había provocado diciendo al hombre del momento que había convertido la dialéctica en un cuerpo a cuerpo, que la política es más ajedrez que boxeo. «El peón es el militante, el asesor, esa persona que siempre está detrás. Y recordemos que cuando un peón consigue llegar hasta la casilla ocho, puede transformarse en cualquier pieza. Y es con la estructura de peones como se ganan las partidas en la política y en el ajedrez», había afirmado. Y ese peón blanco, símbolo de la primera pieza que se mueve en el tablero y esencial para entender la ventaja de marcar la agenda política, se mantendrá sobre el escritorio del Iglesias vicepresidente.

La reunión clave de La Moncloa se concluye con la promesa de ambos políticos de guardar el máximo silencio. Mientras Irene Montero habla con Adriana Lastra, Iglesias llama a su padre, quien le aconseja mantener los ojos abiertos. Se hace de noche, han pasado menos de veinticuatro horas desde los resultados electorales del domingo, y la sensación entre los pocos que manejan la información confidencial del caso es que el día 12 de noviembre puede concluir un periplo iniciado hace tan solo cinco años.

Al despertarse, el martes, y ver que no ha trascendido nada en la prensa, Iglesias da un suspiro de alivio. Entiende que la propuesta es de verdad y el anuncio tiene que hacerse efectivo de inmediato. El objetivo es impedir que se abra un debate sobre la promesa incumplida de Sánchez en la campaña electoral, es decir, esa frase que sentenciaba que ningún gobierno con Podemos en el Consejo de Ministros garantizaba estabilidad al país. Aquel principio tan británico de la *accountability*, o sea, la rendición de cuentas del político entre sus palabras y sus hechos, debía quedar aplastado por una maniobra de despiste que anestesiará a la opinión pública. Es así como tan solo dos días después de las elecciones, en una negociación exprés, los equipos de Iglesias y Sánchez preparan el acto.

La cosa va en serio. Los móviles de los dirigentes de Podemos empiezan a arder a primera hora de la mañana. Y, en efecto, llega a los periodistas que se está cocinando algo. Cronistas y fotógrafos se apilan en la cuarta planta del Congreso, delante de las puertas del comedor de gala, uno de los salones más prestigiosos de la Cámara Baja, en el que habían sido recibidos los reyes Felipe y Letizia poco antes de su boda en 2004. «Con nuestro más profundo respeto y afecto, saludamos al Congreso de los Diputados en esta nuestra primera visita juntos previa a nuestro matrimonio», había escrito el futuro rey en el libro de ceremonia. El único ausente fue ese día el portavoz de Esquerra Republicana de Catalunya, Joan Puigcercós, que se ausentó para asistir a la ejecutiva del partido. Pidió disculpas y en su lugar apareció Carles Bonet. Era otra época.

Antes del llamado pacto del abrazo entre Sánchez e Iglesias, los servicios de control del Parlamento casi colapsan. No hay suficientes acreditaciones. Entrar en el Congreso es una pelea darwiniana. Los miembros de las dos familias políticas trabajan para impedir que ningún aguafiestas arruine el anuncio. Vetado el acceso a los periodistas. Solo entran fotógrafos y cámaras. Es un matrimonio de conveniencia: «La coalición del PSOE con Unidas Podemos es solo por necesidad», reflexiona en esas horas un barón territorial socialista. Pero eso no quita la pátina de fiesta. En la sala no faltan los «oh» de asombro y hasta un silbido cuando los conjurados se funden en un abrazo tras leer la escueta hoja en la que se prometen fidelidad sobre el marco de un puñado de puntos programáticos de gobierno.

Asisten los diputados Lastra y Simancas y los asesores Redondo y Bolaños, por parte de Sánchez. En el lado de Iglesias se ven los miembros del club de Galapagar, Irene Montero, Enrique Santiago y Jaume Asens, además de Garzón, Yolanda Díaz, Antón Gómez-Reino y Juan txo Uralde. Sorprende la presencia de Juan Carlos Monedero, en el papel de infiltrado que nunca falta en las bodas. El inédito acuerdo de coalición se oficializa a las 14.27 horas.

Los cronistas del siglo XVIII cuentan que para saber si un matrimonio tendrá éxito hay que mirar con cautela la escenografía. Un buen ejemplo es la boda más importante de la Europa moderna, entre la princesa de Austria María Antonieta y el delfín de Francia Luis XVI. Por aquel 1770, las dos casas reales de los Habsburgo y los Borbones

habían decidido unirse por temor a que la avanzada de la protestante Alemania y la semipagana Rusia arruinara sus dinastías y su poder. La joven María Antonieta, aspirante al trono con tan solo quince años, se unió al heredero de Francia, Luis XVI, de dieciséis, sin convicción, amor ni alegría. Pero la ceremonia representa un hito histórico y se prepara al detalle. Las delegaciones escogen un lugar fronterizo, entre los dos imperios, en la isla del río Rin, entre Kehl y Estrasburgo, para que ninguna familia prevalezca. Carpinteros, arquitectos y decoradores se trasladan al lugar para adornar el baldaquín en el que los futuros monarcas atarían su destino. Para la tapicería eligen el mito griego de Jasón, Medea y Creusa. «¿Cómo puede ser? ¡Cuál funesto presagio!», exclama el joven Goethe tras acudir con otros coetáneos para husmear en el lugar de la boda. La historia de Jasón y Creusa, hija del rey de Corinto, habla de dos jóvenes que no desean casarse y cuya unión enciende la ira de Medea, mujer despechada, quien acaba matando a la novia. Para Goethe la profecía habla claro. Y no se equivoca. Tan solo veintitrés años después, María Antonieta y Luis XVI entrarán en la crónica negra de Europa bajo los golpes secos de la guillotina.

Cabe preguntarse, pues, qué obra acompañó el momento del abrazo del 12 de noviembre entre Sánchez e Iglesias. Nada menos que un grabado de Baldomero Espartero durante su entrada triunfal en Madrid en julio de 1854, tras uno de los varios golpes de Estado de aquella época. Espartero, a quien el separatismo catalán siempre reprochó la frase de «por el bien de España hay que

bombardear Barcelona una vez cada cincuenta años», había vuelto al gobierno por petición de la reina Isabel II, y lo había hecho a través de un Ejecutivo bicéfalo con otro general, Leopoldo O'Donnell. Espartero, «hombre del pueblo», fue el primer ejemplo del caudillismo español al estilo napoleónico. Un general de origen humilde pero deseoso de entrar a formar parte de la corte y que se consideraba providencial para la nación. A su regreso al poder en 1854 quedó sorprendido y abrumado por la fragmentación parlamentaria, a tal punto que su aliado O'Donnell, mucho más integrado en las altas esferas del Estado, pronto se quedaría con todo el poder. La obra de Daniel Vierge retrata el momento histórico de la vuelta de los progresistas al gobierno, pero reseña también la brevedad de ese regreso: tan solo durará dos años, hasta que la facción moderada recuperó el poder en 1856.

La sala es conocida, a la vez, por ser la más monárquica del Congreso. Ahí cuelga el retrato de Francisco de Asís de Borbón, rey consorte de Isabel II, feroz conservador y hombre oscuro de una corte corrupta. Las delegaciones del matrimonio entre Iglesias y Sánchez descartaron, por ejemplo, la sala Constitucional que albergó en 2016 la firma del «pacto de gobierno de progreso y reformista» con Albert Rivera, o la de Mariana Pineda, con el cuadro de la heroína antiabsolutista condenada a muerte por llevar una bandera con la leyenda «Ley, Libertad, Igualdad». Queda la posibilidad, muy cortoplacista, de que los asesores eligieran la sala donde se hallaban los cuadros más pequeños para que nadie hiciera sombra a los protagonistas. O

la retorcida tesis de la venganza de Sánchez a Rajoy, porque en ella el socialista había proclamado el famoso «no es no» en julio de 2016.

Sea como fuere, después del abrazo, los aplausos y la *boda*, el Audi negro del presidente arranca del patio del Congreso para devolver a La Moncloa a Sánchez y Redondo. Quienes, en cambio, se quedan son los de Podemos. Desean vivir el momento, saborearlo. Al fin y al cabo son los protagonistas de la película, y queda por aclarar el reparto de sillones. Todo está en el aire. Los líderes han pactado un escueto documento de diez puntos programáticos y se han prometido que Podemos tendrá entre cuatro y cinco ministerios, expresión de la correlación de su fuerza política. Lo que más importa en el partido, sin embargo, es quién obtendrá un ministerio. De eso dependerán las contrataciones de los amigos y el ascenso de los dirigentes.



En el tercer día de negociación que ha estremecido España, no para la guerra sucia en Podemos. «¿Qué pasa con Irene Montero?», es la pregunta que se repiten los diputados rasos del partido que, como siempre, han sido apartados de todas las decisiones. En un primer momento la consorte de Iglesias y número dos no figura en el listado de los ministrables. O, por lo menos, eso filtran los emisarios de Alberto Garzón, quien también lucha por un cargo. Iglesias transmite un mensaje muy claro a los suyos: «A Garzón ni agua». Pesan sobre él al menos dos posibles trai-

ciones. En verano había contactado con el PSOE para cerrar un apoyo externo de Unidas Podemos al gobierno en minoría socialista. Luego, espías pablistas le descubrieron en un viaje a Barcelona, donde iba a reunirse con Ada Colau y Teresa Rodríguez. ¿Cuál era el sentido de esa reunión? ¿De qué tenía que hablar con Colau, deseosa de dar el salto nacional? Y ¿por qué Iglesias no ha sido avisado? Todas esas preguntas rondan por la cabeza de Iglesias desde antes de las elecciones, y ahí se mantendrán hasta finales de diciembre.

La escasez de respuestas y el espíritu vengativo del líder dejan presagiar tormenta. Su trayectoria tiene símiles con la de importantes políticos contemporáneos como él, muy poco apto para la política del perdón. Un caso celebre es el de Vladimir Putin, quien, al igual de Iglesias, fue elegido casi de rebote para dirigir el Kremlin. El todopoderoso líder ruso había experimentado en su propia piel el ostracismo tras la caída del comunismo, pero había aprendido a levantarse después de duros años de anonimato, en los que había trabajado incluso de taxista en Leningrado (hoy San Petersburgo). Los oligarcas rusos que buscaban una solución de continuidad a Yeltsin eligieron al gris militar, quien tres años después les encarceló a todos o les obligó a fugarse. Iglesias también había sido elegido porque sus padrinos de la *vieja* Izquierda Unida le consideraban manejable y débil. Y al igual que Putin, había manifestado sus dudas. Hasta había llorado. Pero ahora se había acostumbrado a la autoridad que emanaba de su figura, y que ejercía con el mismo desprecio a la disidencia del líder ruso.

En la antesala del poder institucional, en el partido se abre algo parecido a un debate interno sobre la conveniencia de entregar a Irene Montero la portavocía del Congreso para salvaguardar su figura de cara a un posible relevo de Iglesias. Quienes hacen esta reflexión, muy hábiles políticamente, son dirigentes alejados de la cúpula. Pero Montero no quiere oír hablar de planes, estrategias e historia del comunismo. «Hay una fiesta, y quiere estar en ella», resume un miembro del grupo en el Congreso. Acabará obteniendo la cartera de Igualdad, un ministerio que el PSOE considera estratégico, aunque en términos de competencias y fondos no se diferencia de una dirección general (Montero acabará descalificándolo entre los suyos como «ministerio florero»).

Quien lo tiene más difícil sigue siendo Garzón. En todas las primeras reuniones entre Sánchez e Iglesias su nombre ni se contempla. Pero el economista controla IU y no está dispuesto a renunciar. Su tiempo en la política está a punto de acabar y quiere un reconocimiento que haga más leve su futuro. Como todos los dirigentes de la generación de Podemos, ha triunfado actuando siempre en función de su interés personal. Así que cuando se ve fuera del gobierno, entrega el mensaje de que está dispuesto a tirar de la manta. «Quiere una placa delante de una puerta», se limitan a comentar los de Iglesias. Saben que hay una galaxia de pequeñas empresas y proyectos inflados de dinero público que puede estallar si alguien explica a la prensa los secretos de la financiación. La táctica se revelará ganadora, porque también Garzón se hará con un

pequeño ministerio, el de Consumo, que se sumará al de Trabajo, para Yolanda Díaz, al de Universidades, para Manuel Castells, y al de Igualdad de Montero.

El día de la entrega de la cartera de vicepresidente, ya entrado el mes de enero, Iglesias se instala en un despacho en la cuarta planta del Ministerio de Sanidad. Es la vieja sede del sindicato vertical franquista, y así lo recuerda en la ceremonia de toma de posesión, a la que asiste Juan Carlos Monedero, amigo íntimo desde la época universitaria y una de las figuras más polémicas del partido. Ganada la batalla del pacto de gobierno, los escuderos de Iglesias vuelven a desenfundar las armas. No queda tiempo para el descanso. De no ser así, ¿por qué el secretario general preguntó a Sánchez por los acontecimientos bolivianos al mismo tiempo que negociaba el gobierno? En las altas esferas del partido temen que los socialistas guarden documentación y material comprometedor sobre ellos. Política y dinero han ido siempre de la mano. Y Podemos lleva años siendo mucho más que el «partido del *popolo della televisione*». Se ha convertido en un cartel económico, con intereses contrapuestos y un giro monetario que está destinado a multiplicarse tras la entrada en el gobierno. Pero Iglesias, reforzado desde el poder institucional, cree tener un as en la manga contra todo tipo de sospechas o acusaciones: «Él ordena, pero su nombre nunca aparece», comentan los que conocen por dentro el «sistema».